



El maestro y su mensaje

Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado. -1 Corintios 2:2, NVI

Hemos visto algunas características importantes en la vida de un buen maestro, aspectos fundamentales para que usted realice una labor útil.

Ser maestro de la Palabra de Dios no es lo mismo que ser profesor de matemáticas o geografía. Un maestro de matemáticas no tiene que preocuparse por «vivir» la matemática en su vida, ni el de geografía tiene que «vivir» la geografía; pero el maestro de la Palabra de Dios necesariamente tiene que **vivir el mensaje en su propia vida**. Esa es la gran diferencia entre el maestro secular y el que enseña la Palabra de Vida; una diferencia que presenta un gran desafío.

Pablo presentaba su mensaje con **«demostración del poder del Espíritu»** (véase 1 Corintios 2:1-2, 4-5). Sus palabras no eran huecas o vacías, sino que tenían poder, porque iban respaldadas por la autoridad divina. Nuestro mensaje a los niños tiene que ser expuesto de la misma manera.

Para ser útil, el maestro debe responder constantemente estas preguntas:

.....
¿Glorifico a Dios en mi vida?
¿Presento un mensaje cristocéntrico?
¿Enseño guiado por el poder del Espíritu Santo?
.....

Si usted no puede contestar con un fuerte «sí» a estas preguntas, no descance hasta que pueda hacerlo. Busque en oración el rostro de Dios, consagre su vida plenamente a Él, y viva para agradar en todo a Jesucristo.

Es indispensable que el mensaje concuerde con la vida de aquel que lo presenta, de lo contrario, pier-

de su valor y puede hacer más daño que bien. No se puede enseñar una cosa y vivir otra. De poderse, sí, se puede; pero tal enseñanza no resultará en frutos para vida eterna.

.....
No se puede enseñar una cosa y vivir otra.
.....

Tomemos un ejemplo del mundo musical. Seguramente usted ha visto un pentagrama con notas. Esas figuras, colocadas en su debido lugar –el pentagrama– y respaldadas por cierta clave, pueden formar una hermosa pieza musical. En desorden y sin clave, no tienen valor alguno.



La vida del maestro es la clave del mensaje. Obligadamente, tiene que respaldar sus enseñanzas con el ejemplo de su vida. Cuando yo tenía doce años de edad, entre las alumnas hubo un gran desacuerdo, en que se esfumó la armonía y la paz.

Una profesora trató de hacernos amistar a la fuerza, sin resultado positivo. Otra profesora, que amaba a Dios sobre todas las cosas, logró «hacer la paz» entre nosotras. Cuando ella nos pidió que amistáramos, ninguna de las chicas pudimos resistir el amor de Dios que brotaba de su interior. Sus palabras llegaron a nuestro corazón con demostración del poder de Dios. Nunca olvidaré el buen ejemplo de aquella profesora, una mujer de Dios.

Maestro/a, cuide que en sus palabras y en sus acciones hable un mismo idioma. Nunca permita que de usted se diga: **«Lo que haces habla tan fuerte que no oigo lo que dices.»**

El triple propósito de la enseñanza

La enseñanza en la escuela dominical debe ser como una conversación por teléfono. Entre ambas partes –el maestro y el alumno– debe haber comunicación, para que el alumno vuelva a su casa satisfecho. No como el muchacho que dijo después de una clase: «El maestro no nos enseñó nada hoy; hablé todo el tiempo.»

¿Qué dicen los alumnos de su enseñanza? ¿Participan activamente o les habla usted como si diera un discurso por radio? Para lograr buenos resultados es indispensable la comunicación mutua. El maestro que establece buen contacto con sus alumnos podrá ver realizados sus propósitos y cumplidas sus metas.

Como maestro cristiano, ¿cuál debe ser su principal propósito? ¡Ganar a sus alumnos para Cristo! Si no tiene esto en mente se está esforzando en vano. ¿De qué vale que llene las cabecitas de los niños con conocimiento de la historia sagrada, si sus corazones están lejos de Dios? Recuerde las palabras de Jesús:

No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños.
–Mateo 18:14

Dios nuestro Salvador quiere que todos –esto incluye a los niños– sean salvos y conozcan la verdad (véase 1 Timoteo 2:4).

En su libro “Métodos de Enseñanza”, Luisa Jeter de Walker expone el triple propósito de la enseñanza.

- Ganar a los alumnos para Cristo.
- Desarrollar la vida espiritual de los alumnos.
- Preparar a los alumnos para la obra del Señor.

«Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10:17). Al enseñar, estimado maestro, usted colabora con el Espíritu Santo. Él ha venido al mundo para convencer de pecado (véase Juan 16:8); Él hace su obra cuando en los corazones se despierta la fe.

Vuelva hacia atrás en las páginas de la historia de su vida y recuerde cómo llegó a conocer al Señor.

Fue como resultado directo de haber escuchado (o de haber leído) la Palabra de Dios, ¿no es así? Ese es el método que Dios ha escogido para que nos enteremos acerca de Él y de la salvación.

Al enseñar la Palabra de Dios usted coopera con el Espíritu Santo. Él obra a través del mensaje que usted entrega a los niños. Si es negligente y descuidado en la preparación de la lección, impedirá una obra fructífera en los niños; si lo hace minuciosamente, el Espíritu Santo tendrá una buena plataforma.

El nuevo nacimiento es la experiencia más importante en la vida de un individuo. «¿Qué provecho obtendrá un hombre si gana el mundo entero, pero pierde su alma?» (Mateo 16:26, BLA). Lógicamente, no podemos sentirnos satisfechos hasta que nuestros alumnos se conviertan a Cristo. Luego nos toca contribuir al crecimiento y desarrollo espiritual de los que decidan seguir a Cristo (véase 2 Pedro 3:18). Finalmente, debemos prepararlos para la obra del Señor. Nos toca enseñarles su responsabilidad cristiana, para que así como ellos han sido ganados para Cristo, sirvan al Señor ganando a otros.

Si usted sirve con fidelidad, verá como resultado una maravillosa reacción en cadena. Por ejemplo:

- Usted enseña a un niño la Palabra de Dios.
- Esa Palabra, despierta la fe en el corazón del oyente, y el Espíritu Santo lo convence de que es pecador.
- El niño acepta la oferta de la salvación y entrega su vida a Jesús.
- Al recibir a Cristo, comienza a crecer y desarrollar en su nueva fe y, al poco tiempo, ese niño gana a otro niño.
- Ese niño ganado para Cristo gana a otro niño; ese niño gana a otro, el cual gana a otro...

¡Qué precioso resultado!

En mis primeros años como maestra de niños tuve entre otros alumnos un travieso y vivaracho muchacho. Con amor y dedicación le enseñé el camino de la vida eterna. Años más tarde, tuve el privilegio de trabajar junto con él en la tarea de evangelizar a los niños. ¡Qué alegría para una maestra!

De vez en cuando nos cansamos **en** la labor; sentimos agotamiento en la tarea. Pero le pido que no se canse **de** la labor. Si usted se propone cumplir el triple propósito de la enseñanza en su ministerio a los niños, el Señor lo recompensará con frutos visibles. No descanse tranquilo hasta haber ganado a sus alumnos para Cristo.